

X Congreso *Católicos y vida pública: Cristo, la esperanza fiable*

¿Dispuestos al martirio?

Es el Papa quien marca el rumbo e invita a volver la mirada sobre lo esencial.

El X Congreso *Católicos y vida pública* se celebró, el pasado fin de semana en Madrid, con la encíclica *Spe salvi* como hoja de ruta, y dejó mensajes muy claros: la esperanza cristiana es válida frente a cualquier contingencia, porque se fundamenta en Cristo, a Quien tenemos ya entre nosotros. La certeza de que el triunfo final es Suyo debería hacernos reflexionar sobre cómo hemos dejado que se vuelva tibia nuestra fe, reducida a una fuerza más para la construcción de este mundo, cuando no a un mero asunto privado... Prescindir de Dios no sale gratis, nos muestra la experiencia. El camino es duro: sólo es posible *restaurar las cosas en Cristo* –lema del cardenal Herrera–, si hay cristianos dispuestos al martirio. Y aun así, contamos con que el Reino no es de este mundo... Nuestra esperanza es Cristo, no ideales menores, por nobles que sean

«**T**estimonio de los católicos en la vida pública y unidad de acción de los católicos en el testimonio». Éstos –dijo el cardenal Rouco en la clausura del X Congreso *Católicos y vida pública*, que contó también con la presencia del cardenal Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona– son los dos grandes frutos de esta iniciativa apostólica promovida por la Asociación Católica de Propagandistas, y su obra más conocida, la Universidad CEU San Pablo. Es difícil imaginar cómo sería el catolicismo social hoy en España sin estas herramientas de los Congresos y sus variantes diocesanas, las Jornadas *Católicos y vida pública*, pese a que sólo han pasado 10 años desde su nacimiento. Llenaron un vacío fundamental, al «reavivar la conciencia de que el seglar tiene su campo de apostolado y su misión en la sociedad, no sólo en la política, sino en toda la vida pública», en palabras del arzobispo de Madrid, que traía la bendición apostólica del Papa para todos los participantes en el Congreso, cuya misa de clausura presidió.

Hacían falta «cauces y fórmulas» que estimularan y promovieran la presencia de «seglares testigos del Evangelio y signo de la esperanza en la vida pública»; foros destinados a que «los seglares católicos se uniesen a la hora de desarrollar y de ofrecer este testimonio». Por otra parte, «parecía como si una especie de nuevo clericalismo hubiese entrado en la Iglesia en las dos décadas después del Concilio», clericalismo paradójicamente con marcado acento mundano, que entiende que corresponde a la jerarquía «resolver los problemas» sociales y políticos y, además, «de una forma inmediata». Y si el compromiso de los laicos era ya muy necesario en 1998, un año en absoluto malo «desde el punto de vista de la Iglesia, o de la sociedad española», dijo el cardenal, hoy es aún mucho más urgente; en España, «de forma particular», pero también «en Europa y en el mundo».

Testimonio desde la unidad

Durante estos 10 años, numerosas iniciativas apostólicas han surgido o han sido impulsadas por los Congresos, que limitan la participación a algo menos de 2.000 personas, para facilitar los intercambios. Es la parte menos visible, pero en absoluto menos importante. El CEU se convierte en punto de encuentro de católicos que trabajan en la política, en la enseñanza, en la abogacía, en los medios de comunicación... El Congreso nunca es el fin, sino un medio que se pone al servicio de toda la Iglesia, y en especial de sus miembros y grupos apostólicos más activos en la sociedad. Era el estilo del cardenal Herrera Oria, como recordó el cardenal Rouco.

Don Alfonso Coronel de Palma, anterior Presidente de la ACdP, e iniciador de estos Congresos, solía hablar de *ecumenismo católico*. Don Alfredo Dagnino, que acaba de presidir su segundo Congreso, alertó el domingo, en la clausura, frente a los disencuentros, distanciamientos, orgullos, recelos, particularismos... entre los propios católicos, que «debilitan nuestra presencia en la vida pública». Hay, no obstante, motivos para el legítimo orgullo, porque «estamos en el buen camino»; esto es, en la senda de la «unidad y de la comunión», de la «fidelidad a la Iglesia» y «a nuestros pastores», única forma de poder dar testimonio creíble del Evangelio, sabiendo –como se dijo en varias ponencias–, que podemos disentir en todo lo accesorio, si estamos de acuerdo en lo esencial.

El testimonio –añadió don Alfredo Dagnino– es una exigencia ineludible «en estos tiempos recios», en los que «no bastan los discursos». Y dijo: «El amor a Dios y el amor al prójimo nos deben llevar a salir ahí afuera, a la vida pública, a evangelizar. A ser la voz de los que no tienen voz. A ser asidero de los más débiles y de los más desfavorecidos en nuestra sociedad; a acompa-

ñar a los que están solos; a decir lo que nadie dice...» Sabemos también que sólo nos corresponde «sembrar y regar, porque los frutos no están en nuestras manos». Es más, días antes, el propio Dagnino advirtió de que debemos ser conscientes de que, probablemente, no nos tocará a nosotros ver esos frutos, sino a las próximas generaciones. El momento presente, por la inmensa magnitud de los retos, se presta especialmente a la desesperación, una «verdadera tentación» y «una auténtica amenaza» en la que no podemos caer, puesto que «el pesimismo es contrario a la gracia y a la fe». Además, como católicos, «hay que tener la convicción siempre de que Dios nos ama irrevocablemente. Jesucristo nos ha prometido su asistencia y su presencia hasta el final del mundo. Y la Providencia misericordiosa, de los males, saca bienes para sus hijos». Eso sí: Dios no quiere atajos. «No hay fecundidad –afirmó Dagnino– sin sufrimiento, sin la Cruz.»

Este punto quedó muy claro en diversas ponencias y mesas redondas. En la dedicada a los mártires, doña María Encarnación González, directora de la Oficina para las Causas de los Santos, de la Conferencia Episcopal Española, resaltó la fecundidad de este supremo testimonio. Al elaborar las biografías de los santos y Beatos mártires del siglo XX en España, y contemplar «la crueldad de los sufrimientos que hubieron de soportar», es inevitable no estremecerse e incluso llorar, dijo, pero también cuestionarse el motivo qué llevó a todas estas personas a aceptar libremente un martirio que podían haber evitado –es un requisito que cumplen sin sombra de duda los mártires reconocidos, aun al precio de haber dejado a otros muchos fuera– con un gesto tan simple como haber renegado de su fe ante sus asesinos.

La fuerza de los mártires es la misma que lleva a miles de testigos del Evangelio a darse cada día a sí mismos a los demás. Don Rafael del Río, Presidente de Cáritas

Española, que intervino en una mesa junto al Presidente de CajaSur, don Santiago Sierra; la Presidenta de Manos Unidas, doña Begoña de Burgos; y el redactor de *Mundo Negro* Jean-Arsène Yao, habló por toda la mesa cuando explicó cómo el proceso que parte de la conversión individual se convierte en una fuerza transformadora del mundo: la clave es dejarse transformar por el Espíritu, que convierte a cada uno en «testigo del amor de Dios en el mundo», y que «transforma el corazón de la comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la Humanidad, en su Hijo, una sola familia».

Esperanza frente a ideología

No es el martirio lo que caracteriza necesariamente al cristiano, pero sí la disposición a padecerlo. Así lo explicó el obispo auxiliar de Madrid monseñor Martínez Camino, en una ponencia inaugural que abordó todos los temas de fondo del X Congreso. Tan grande y tan cierta es la esperanza que sostiene al cristiano, que produce respuestas tan sorprendentes para el mundo como el martirio. «La esperanza cristiana es la espera ante la presencia de Cristo, con Cristo presente, de que su Cuerpo se complete, y de su venida definitiva», explicó. «Esperar en el Dios de Jesucristo no se reduce a una simple convicción subjetiva... Nuestra esperanza tiene como objeto último la resurrección y la vida eterna», y «Dios mismo es la vida eterna». Nuestra esperanza se fundamenta en que «somos capaces de compartir su vida». Aquí y ahora, podemos tener ya experiencia de esa vida eterna, aunque aún no la compartamos de forma plena.

«Para eso hemos sido creados», dijo también monseñor Martínez Camino. Y por eso, cuando nos alejamos de Dios, la vida se angosta. «El proverbio clásico dice: *Mientras la vida aliente, hay esperanza*. Pero también lo podemos decir al revés: *En cuanto la esperanza no aliente, se irá la vida*». Es lo que está ocurriendo hoy. «En España y en Europa sucede hoy algo nunca visto: en tiempos de sobreabundancia, de progreso sanitario inigualado..., la población disminuye... Por otra parte, según nos dicen, aunque no lo dicen muy alto, la primera causa de muerte entre los jóvenes, incluso por delante de las muertes de tráfico, es el suicidio... De modo que a los niños no se les permite nacer (muchas veces, a fuerza de quitarles la vida también), y los jóvenes, con alarmante frecuencia, no quieren seguir viviendo».

Son síntomas de «un sufrimiento profundo», que nos muestran la terrible realidad de culturas que parecen «estar preparándose para poner fin a su propia historia». La causa, advirtió monseñor Martínez Camino, radica en un largo proceso, según el cual, desde el siglo XVI, Occidente «ha pretendido sustituir al Dios de la esperanza por el ídolo del progreso», haciendo de él «un sustituto de la salvación», y «ha llegado a creer que puede recuperar el Paraíso» con sus propios medios (su ciencia, su dinero, sus teorías políticas...), que de por sí pueden ser muy buenos, pero no si se absolutizan. En el orden político y social, esta utopía ha dado lugar a terribles matanzas, y parecía superada tras la caída del Muro de Berlín. Pero no es así. La biotecnología es su último asidero, como comprobamos periódicamente en anuncios que proclaman la inmortalidad del hombre gracias a la Medicina y la superación de todas sus limitaciones.

Pero también el cristianismo moderno se ha dejado contaminar por la ideología del progreso, llegando así a esperar «la desaparición del mal gracias a no sé qué instrumentos pastorales o teológicos». Esta contaminación, «o bien reduce la fe a una fuerza más para la construcción de este mundo, o bien, en una especie de réplica cristiana del subjetivismo moderno, retrae la fe al mundo de lo individual, como si lo que importara fuera simplemente la salvación mía, de mi alma».

Es preciso, por tanto, «un examen de conciencia y una autocrítica». Porque, «cuando esto sucede, la fe se angosta y se muere. Y si la fe se muere, se muere también el amor, de manera que un cristianismo meramente humanista acaba fallando también en el objetivo de servir mejor a la justicia».

Por eso mismo es necesaria la presencia pública de cristianos. La oración pública y los signos de la fe, como los crucifijos, «son renovadores de la vida pública». De este modo, «la sociedad se preserva de ser configurada totalitariamente. La presencia de la oración exorciza el peligro de que la sociedad quiera acaparar la vida humana como si fuese una colmena en la que las abejas están perfectamente instaladas». Además, «la esperanza de la vida eterna moviliza las energías del alma para la acción, que mira más allá del propio interés inmediato, más allá de la quiebra de las esperanzas pequeñas de la vida e incluso de los fracasos. E incluso de la muerte. Quien no está libre de todas estas cosas, quien se haya atado a sus metas profesionales, a sus haberes, a su fama, a su salud, a su vida... y haya hecho de cualquiera de estos bienes el bien último, no podrá actuar de modo justo y desinteresado, porque no tendrá un motivo suficiente para vivir sin esas cosas y, llegado el caso, querrá conseguirlos o retenerlos a toda costa». Dicho en otras palabras, «los santos y, en particular, los mártires, son el modelo del sujeto moral gestado por la esperanza cristiana».

La vida no es el dinero

La crisis económica es portada obligada en todos los diarios y no podía faltar en el Congreso. En la mesa redonda *Una economía de la esperanza*, don Rafael Rubio de Urquía, catedrático de Economía del CEU, desmontó el mito de una supuesta autonomía entre ética y economía: «Es totalmente falso que el mundo de lo que tiene precio es autónomo con respecto al resto de las acciones humanas». En este sentido, don Nicolás Benedí, empresario vasco conocido por su firmeza ante ETA, denunció «el afán desmedido por acumular riqueza. Vivimos en un egoísmo sin límite, en un consumo desmedido que se olvida de los más pobres. Esta crisis es un castigo por la codicia». También el profesor José Manuel Martín Lozano afirmó que «parte de la responsabilidad de la crisis económica está en el corazón del hombre, porque al final las decisiones económicas las toman personas»; y cuestionó una concepción de la Iglesia como ONG que existe sólo para dar pan a los pobres: «Cuando hayamos resuelto el problema del hambre en el mundo, ¿de verdad habremos resuelto todos los problemas del hombre?» Don Fernando Giménez Barriocanal, vicesecretario de Economía de la Conferencia Episcopal, destacó que los bienes «tienen un destino universal y una función social, de ponerlos al servicio de los demás». E introdujo esta reflexión: «La mayoría del tiempo estamos pensando en el miserable dinero, o porque no nos llega, o porque querríamos más. El que está preocupado por el dinero no puede abrir los ojos a lo que no es material. Debemos ser libres, porque el ser del hombre está en Cristo, y no en mi cartera ni en mi cuenta corriente».

Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo

En definitiva, la esperanza cristiana nos preserva de los abusos del poder. «Uno de los ingredientes del ateísmo moderno –dijo el obispo auxiliar de Madrid– es que se escandalizan frente al sufrimiento y frente al predominio del mal en el mundo. Y frente a ese escándalo farisaico, dicen los autoproclamados jueces universales: *Todo esto no podría darse si hubiera un Dios bueno. No habría tanto sufrimiento e injusticia. Declaramos, pues, que no hay ese Dios y nos constituimos a nosotros mismos en los únicos autores de la justicia*». La deriva es inevitable: «Cuando el hombre no tiene a Dios, se hará sus dioses, se-dientos de sangre humana...»

Ricardo Benjumea

«Hay que dejar de mirar sólo al BOE»

Uno de los asuntos que más suspiros de desesperanza arrancan a quien lo comenta es el del Poder Judicial. Por eso, en el Congreso también estuvo presente, en la mesa redonda *Una ley para la esperanza*. Don Benigno Blanco, Presidente del Foro de la Familia y moderador de la mesa, advirtió de que, «si el poder dicta la moral, la moral es tan arbitraria como la mayoría parlamentaria», lo que provoca que «la tentación totalitaria sea inmediata». Blanco aseguró que «hay que dejar de mirar sólo al BOE para mirar, de nuevo, a la verdad de las cosas que nos rodean».

Don Rafael Domingo Oslé, catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Navarra, intervino para recordar que «el gran reto de los laicos es conseguir que el Derecho y la sociedad estén abiertos a la existencia de Dios; sin imponer nada, pero llamando a las cosas por su nombre». Además, Oslé afirmó que «la posición que antes ocupaban los esclavos, es la que tiene hoy el embrión: para algunas cosas, la ley lo considera como persona, y para otras, como una *cosa*». En la misma línea se manifestó don José Ignacio Santos Alonso, fiscal de la Audiencia Nacional, al recordar que «la duración de la vigencia de una ley injusta, como la del aborto, no la hace justa». Al cabo, como concluyó el abogado del Estado don José Ramón Recuero, «la ley natural es como la estrella polar de los marineros: marca el camino y trae esperanza; no ata, facilita la libertad».

José Antonio Méndez

Liliana Negre, Presidenta de Acción Mundial de Parlamentarios y Gobernantes por la vida

«Me tengo que comportar según mis convicciones»

Coordina a los políticos de Hispanoamérica y Europa que han hecho frente común, superando las diferencias partidistas, para defender sus países de la cultura de la muerte. Pero también pide una mayor implicación política de los votantes

Como madre y abuela, como abogada, visitando colegios, como senadora y, desde el año pasado, como Presidenta de Acción Mundial de Parlamentarios y Gobernantes por la Vida, la senadora argentina doña Liliana Negre ha luchado siempre por defender la vida y la familia. Y le ha valido duros ataques de algunos colegas y medios, «por más que uno sea respetuoso con las diferencias de los demás».

La han bautizado como *señora Familia*, a raíz de un proyecto de protección integral (de vivienda, fiscal, laboral, sanitaria...) de la familia. En efecto, los políticos defensores de la vida y la familia hacen más que oponerse a ciertos *avances*; sus propuestas benefician a toda la sociedad, pues «la única forma de producir capital humano es proteger a la familia y dignificar a las personas».

Claro que también hay que reaccionar frente a la cultura de la muerte. Los últimos años han sido intensos: en Argentina, «desde el advenimiento de la democracia, nunca hubo un ataque tan claro al derecho a

la vida como con el Presidente Kirchner» (educación sexual obligatoria al margen de las familias, ley de vasectomía y ligadura de trompas que obligaba a todos los centros a practicarlas, intentos de despenalizar el aborto, etc.) Ahora que gobierna su mujer, Cristina Fernández de Kirchner, hay un cierto parón, quizá «porque hay muchos frentes abiertos», aunque «tampoco ha derogado las otras leyes», ni ha apoyado la vida y la familia.

Presiones internacionales

Argentina, como otros países hispanoamericanos, recibe presiones de países más ricos y agencias internacionales. A doña Liliana le preocupa la ratificación del protocolo de la Convención contra la Discriminación de la Mujer (CEDAW), y la «vulneración de la soberanía» que supone que «los miembros de su Comité lideren la defensa de la cultura de la muerte», presionando a los países para que acepten el aborto como un *derecho*. También está el «apoyo de grandes multinacionales» a los acti-

vistas pro-aborto que actúan dentro del país. «La cultura de la muerte –narra Negre– se ha ido extendiendo como un veneno, de forma silenciosa». Sólo ahora está empezando a reaccionar la sociedad.

Más allá de partidos y países

Para hacer frente a un ataque desde tantos frentes, hace un año se puso en marcha, con 80 firmantes de 16 países y de distintos partidos, Acción Mundial de Parlamentarios y Gobernantes por la Vida. En estos meses, han seguido logrando adhesiones de políticos nacionales y regionales; y también éxitos como el de Chile, donde el 66% de los diputados, miembros suyos, lograron impedir que la Presidenta Bachelet impusiera la *píldora del día después*. «No se trata sólo –explica– de hacer un discurso y votar, sino también de disuadir a los compañeros para que esas ideas no avancen, de proponer otras leyes», denunciar las presiones exteriores, y apoyar a los que defienden la vida, como el Presidente de Uruguay al vetar la legalización del aborto.